

Fernando el Católico

y la prisión de Pedro Navarro

No es coincidencia casual la floración de hombres notables que se advierte en torno a los grandes gobernantes. Por el contrario, son grandes éstos cuando su superior inteligencia y decisión les hace descubrir y colocar en los puestos de mando del país y convertir en personajes históricos a aquellos de sus súbditos que tienen mayor talla espiritual. En el período de los Reyes Católicos se ve claramente cómo uno de los grandes servicios que prestaron a España fué éste de encumbrar gentes que de una situación humilde pasan por sus propios méritos a ocupar puestos de la mayor responsabilidad. Si su reinado fué tan fecundo en obras positivas hay que atribuirlo en gran parte al acierto de los soberanos al saber colocar en cada cargo al hombre más adecuado para desempeñarlo.

Uno de éstos fué Pedro Navarro, llamado así por la región española donde nació, siendo su padre Pedro de Roncal. Una concienzuda biografía suya escribió Don Martín de los Heros, y en ella aporta muy importantes documentos y aclara numerosos puntos de su vida y obra. Nos interesa, sin embargo, dar mayor precisión a lo relativo a la conducta que con él observó Fernando el Católico, especialmente a partir del momento en que Navarro quedó prisionero de los franceses en la batalla de Rávena. También de este particular se ocupa con gran conocimiento Martín de los Heros. Pero las fuentes y documentos a que él se refiere merecen estudio más profundo, encuadrándolos debidamente en los sucesos de la época, analizándolos para fijar su alcance y sujetar su cronología, añadiendo por nuestra parte datos nuevos; y hecho esto la verdadera conducta de Fernando el Católico con Pedro Navarro queda a nuestro juicio bien definida.

Hemos relatado en nuestro libro «La política internacional de Fernando el Católico» cómo en Julio de 1500, habiendo llegado Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán, a Mesina para ir a combatir a los turcos en Cefalonia, se presentó ante él, desvalido y pobre, este Pedro Navarro que había estado navegando en corso por cuenta de la Marquesa de Cotrone hasta que luchando con los turcos perdió su nao, quedando gravemente herido y marchando, una vez curado, a presentarse al jefe de la flota española. Algunas semanas después se distinguía ya por su brillante conducta en el ataque a la fortaleza de San Jorge de Cefalonia, donde puso en práctica su sistema de cavar minas subterráneas hasta llegar a los cimientos de las murallas, haciéndolas volar luego con barriles de pólvora.

En 1502, habiendo estallado la guerra entre Francia y España en tierras de Nápoles, la carrera ascensional de Pedro Navarro se hace rapidísima y le coloca pronto en el puesto de segundo a las órdenes de Gonzalo Fernández de Córdoba que deposita en él toda su confianza. En «Fernando el Católico y Germana de Fcix» se relata cómo el Gran Capitán le envió a Fernando V para justificarse de algunos de los cargos que se le hacían por gentes más envidiosas de su gloria que justas al apreciar sus extraordinarios, méritos; cómo el Rey Católico le recibió en Segovia y le pidió que le informara sobre diversos puntos relacionados con el reino de Nápoles; cómo comprendió el partido que podría sacarse de la energía y férrea voluntad de aquel tosco e inteligente soldado; cómo supo ganárselo con el don particular que Dios le había dado de atraerse a cuantos le conocían con la simpatía que emanaba de su persona cómo le nombró con fecha de 1.º de Junio de 1505, Conde de Oliveto, ciudad situada en el Abruzzo; y cómo le exceptuó de la devolución de bienes a los barones napolitanos del partido francés que se vió obligado a hacer el Monarca como consecuencia de su alianza con Luis XII en Octubre del mismo año. Fué desde entonces Pedro Navarro el hombre en quien el Rey Católico se fijó para dedicarle a la que él consideraba como la obra magna de su vida, la guerra contra los infieles, la conquista de la costa norte de África desde el Estrecho de Gibraltar hasta el Mar Rojo.

Estando en Nápoles en 1506 puso a su disposición seis galeras, cuatro naves y 6.000 hombres para marchar a la conquista

de la Isla de Gerbes, expedición que se fué aplazando sin poderse llevar a cabo por el momento, por haber coincidido con motines de las tropas que se quejaban de ser pagadas con retraso. A él confió el mando del ejército con que vino Fernando de regreso a España, bien respaldado para prevenir, y si fuere necesario cortar toda resistencia que se le pudiera oponer en Castilla; y Pedro Navarro hubo de encargarse en consecuencia de rendir la fortaleza de Burgos que estaba por Don Juan Manuel, Señor de Belmonte, y de ocupar los estados de Don Pedro Manrique de Lara, Duque de Nájera.

Cuando en 1507 en Santa María del Campo Fernando V y Francisco Jiménez de Cisneros (también hechura de los Reyes Católicos) coinciden en la necesidad de continuar la guerra en Africa, ofreciendo el Cardenal el dinero de que carecía el Rey, piensa éste en seguida en Pedro Navarro a quien, como Capitán general de infantería, ordena pocas semanas después que disponga de cuantos elementos necesite, incluso de la flota que mandaba Mosén Juan Miguel Soler, para ir a la guerra contra los enemigos de nuestra Santa Fe católica. Lo que resultó fué la conquista de Vélez de la Gomera en Julio de 1508; el socorro a Arcila, librando a los portugueses que la defendían del asedio de los moros cuando se encontraban ya en el más grave aprieto: la toma de Orán con Mostaganén y Mazagrán; la de Bujía con la ocupación de Argel, Tedeles, Tenes, Gigel y otros puertos; el reconocimiento de vasallaje por parte del Rey de Trémecen; la conquista de Trípoli y los intentos frustrados de ocupar las islas de Gerbes y Querquena con el proyecto de ir al asalto de Alejandría. Todo ello detalladamente expuesto en el primero de nuestros libros citados anteriormente.

Este es el período de más prestigio de Pedro Navarro. En la situación complicada que se produce en Europa en 1510 por los recelos mutuos existentes entre Julio II y Luis XIII de Francia (que se han explicado en el libro «Fernando el Católico y el Cisma de Pisa») el Monarca francés llegó a pedir al de España que le enviara la flota que a las órdenes de Pedro Navarro se ocupaba en las conquistas africanas; de esta manera podría él resistir a los intentos del Pontífice de sublevar la Señoría de Genova y al mismo tiempo conseguiría que España como aliado suyo entrara en la lucha. Por el mismo tiempo, el Emperador

Maximiliano hacía idéntica solicitud pidiendo a Fernando V que su Capitán general de infantería abandonase la guerra contra los moros y se uniera con él y con las fuerzas del Rey de Francia para atacar al Papa, cosa a la que no accedió el Católico.

Por el contrario, en aquella ocasión en que España fija su actitud que ha de permanecer invariable durante siglos, de defensora de la Santa Sede, Fernando V utiliza el prestigio del Conde de Oliveto como elemento de negociación con Julio II para traer a éste a la conclusión de la Liga santísima en los momentos en que su vacilación era mayor; estaba Julio II en Ostia en Agosto de 1511 y junto a él el Embajador de España en Roma Jerónimo de Vich. apremiaba para que la liga hispano-véneto-pontificia destinada a oponerse a los propósitos de conquistar territorios en Italia que mostraba el rey francés, acabara por concluirse, designándose por Capitán general de la misma a Don Ramón de Cardona, Virrey de Nápoles. Y ante la resistencia del Pontífice, Pedro Navarro recibió orden de partir de Capri donde estaba esperando los resultados de la negociación, para continuar su campaña en el Norte de Africa. Fué éste uno de los factores que movieron al Papa a decidirse, aceptando las propuestas del Embajador Vich, cuando tuvo conocimiento de que, en efecto, las tropas de Navarro se habían embarcado ya en las galeras que estaban a punto de zarpar de Capri.

Tuvo él que ponerse entonces a las órdenes del Virrey de Nápoles Don Ramón de Cardona después de haber dado a España tanta gloria y haber pasado a ser uno de los mejores y más famosos capitanes de su época. Mandaba el Conde de Oliveto la infantería de la Liga santísima y Fabricio Colonna la caballería pesada de los hombres de armas; entre ambos se suscitó pronto una rivalidad tal que los pareceres de Fabricio y de Navarro eran siempre contradictorios, lo que dificultó y complicó el manejo del ejército haciendo que su eficacia fuera escasa. En Marzo de 1511 envió Fernando V en vista de esto al Capitán Hernando de Valdés a Italia para que se entrevistara con el Virrey Cardona, con Fabricio Colonna y con Pedro Navarro a fin de transmitirles sus órdenes expresas respecto a lo que debían hacer.

El plan del Rey Católico consistía en evitar la batalla hasta que se pudiera traer al Emperador, a los suizos y al Rey de Inglaterra a que entraran en la lucha contra Francia, cosa que estaba

en aquel momento prácticamente concluida. Actuando así conjuntamente todos contra Luis XII y penetrando en territorio francés por diferentes puntos los ejércitos de la liga, el Virrey Cardona podría fácilmente expulsar a su rival Gastón de Foix de la península italiana. Era, pues, esencial no poner en peligro las tropas que tenía a sus órdenes ya que estaba a punto de llegar a Guipúzcoa un contingente inglés que, unido a otros ejércitos españoles mandados por el Duque de Alba, atacaría hacia Bayona, mientras los suizos penetraban en Milán y en Borgoña, unidos a las tropas del Imperio.

De la manera más imperativa y reiterada insistía el Rey en que por encima de todo se mirara a la conservación del ejército de Cardona, resistiendo toda incitación a entrar en batalla, prefiriendo —según dice Zurita— «vencer por razón y ordenadamente que no por suerte y ventura». Ordenó también Fernando por intermedio del Capitán Valdés que cesasen las divergencias entre Navarro y Colonna, y procediendo todos de acuerdo se recogieran las tropas en una posición fuerte donde estuvieran asegurados los víveres para mantenerse allí en forma que aunque los franceses quisieran provocar la batalla no se vieses los españoles forzados a aceptarla.

Este punto es fundamental en la historia de Pedro Navarro, y la actitud del Rey es tan terminante, tan clara, que no cabía lealmente desconocerla. Había llegado Hernando de Valdés al campamento del Virrey el 29 de Marzo de 1512 y pudo, por lo tanto, cumplir enteramente su misión antes del 11 de Abril en que se dió la batalla de Rávena. Ante esta ciudad, defendida por una guarnición española, estaban acampados los ejércitos de Gastón de Foix y de Don Ramón de Cardona: el primero en situación difícilísima, pues a su espalda tenía el ejército veneciano que podía en uno o en otro momento caer sobre él, que, lejos de sus bases, no pudiendo ya pensar en la conquista de Rávena y habiéndosele agotado los víveres, no tenía más solución que jugarse el todo por el todo y dar la batalla.

Al Virrey de Nápoles le hubiera bastado con atenerse estrictamente a las órdenes de Fernando V y permanecer en sus posiciones en las que se encontraba sólidamente situado. Pero contra lo que hubiera podido esperarse y desobedeciendo las órdenes de su Rey y del Capitán general de la liga, el 10 de Abril Pedro Na-

varro avanzó la infantería hasta la proximidad inmediata del campamento francés, abandonando la posición defensiva en que estaba colocado Cardona, el cual para conservar unido su ejército tuvo que avanzar igualmente siguiendo a la infantería. Eso fué lo que dió lugar a que al día siguiente, Pascua de Resurrección, atacaran los franceses y obligando a pelear a los nuestros acabaran por derrotarlos, aunque con tan graves pérdidas que, muerto Gastón de Foix y sus principales capitanes, los restos del ejército francés tuvieron que retirarse poco después a Francia sin volver a combatir.

En Rávena quedó prisionero Pedro Navarro no sin haberse batido gallardamente como solía, mientras su infantería, manteniendo la rígida formación a que él la había acostumbrado, se retiraba del campo de batalla ordenadamente y sin que pudiera romper sus cuadros el ímpetu de la caballería pesada francesa.

No toda la culpa fué, sin embargo, de Pedro Navarro, pues también Fabricio Colonna (que como su rival cayó prisionero) en oposición a las órdenes del virrey, era partidario de dar la batalla y empezó el combate lanzando a la lucha su caballería. Don Ramón de Cardona fiel a la política fernandina no secundó el ataque de Colonna ni de Navarro y aunque muchos echaron sobre él la culpa de haberse perdido la batalla como consecuencia de esta actitud, lo cierto es que Fernando V estimó su lealtad y obediencia a las órdenes recibidas, tanto más cuanto que ello le permitió utilizar las fuerzas que así se salvaron de la derrota para poder volver a la lucha muy poco después.

Gonzalo Fernández de Oviedo, que tuvo la suerte extraordinaria de hallarse presente en los sucesos y conocer a los personajes más importantes de su época, cuenta cómo estando el Rey Católico en Valladolid, comiendo públicamente en la casa donde se hospedaba que era de Don Bernardino Pimentel, en la calle de San Pablo, apenas se alzaron los manteles entró un capitán de infantería llamado Diego de Valladolid, el cual hincando las rodillas en tierra besó las manos al Rey y le dijo ante todos los circunstantes:

—Yo quisiera dar a Vuestra Alteza otras nuevas de más placer de las que como testigo de vista puedo decir del ejército que en Italia milita en servicio de Vuestra Alteza; del cual la mayor parte es perdida y son muertos y presos muchos y muy

valientes hombres españoles. Y la victoria y el campo quedó por Francia, aunque con pérdida de más gente de a pie y de a caballo de los franceses que de nuestra parte. Y su Capitán general Mossior de Fox murió porque atendió como buen caballero, lo cual no hizo nuestro general. Ninguna duda se tiene de que si Vuestra Alteza tuviera Capitán general como tuvo ejército la victoria fuera por nosotros.

Pidió el Rey más detalles y el Capitán Don Diego continuó explicando que se asombraba de que nadie hubiera comunicado hasta entonces lo sucedido. El había quedado herido y preso en Rávena, pero por la noche pudo escapar y así había venido a traer el primero las noticias.

—Nuestra desventura —siguió diciendo— fué que nuestro Visorrey no supo distribuir las fuerzas y presentar la batalla, pues hizo que la gente de armas se colocara en sitio batido por la artillería del enemigo, la cual le hizo mucho daño. Y cuando el Conde Pedro Navarro con nuestra infantería atacó a la artillería enemiga ganamos la mayor parte de ella. Y viendo nuestros caballeros como los mataban sin pelear, Don Pedro de Acuña Prior de Mesina se fué al Visorrey Don Ramón de Cardona y le dijo en presencia de cuantos caballeros había allí: «Señor Visorrey, yo os ví caballerizo del Rey nuestro señor y ahora os veo en oficio que si fuera vivo el Príncipe Don Juan no se le pudiera dar mayor, teniendo en vuestras manos toda su honra y estado; pagad al Rey hoy lo mucho que le debéis y no nos maten nuestros enemigos con pólvora». Entonces respondió el Visorrey: «Don Pedro, haced vos como caballero lo que habéis de hacer que yo se lo que conviene que se haga como Visorrey y General». Entonces el Prior replicó: «Sabéis señor que yo también haré lo que debo; en aquel alférez que tiene la bandera real de los enemigos tengo de romper esta lanza». Y volvió las riendas de su caballo para regresar a su escuadrón; y él y el Capitán Alvarado con algunos más se adelantaron a los otros caballeros, viéndose en efecto a poco cómo el abanderado francés caía, muriendo allí el Prior de Mesina y sus compañeros, no sin haberse batido espada en mano después de rotas sus lanzas. Nuestra infantería luchó con el ejército de a pie contrario que era mucho mayor que el nuestro, haciéndose una gran matanza de ambas partes; y como es dicho ganamos la artillería, pero como no tuvimos gente

de a caballo nos atacó por otro lado la gente de armas francesa y la rompimos con muerte de su General Mossior de Fox que allí quedó con otros muchos caballeros franceses. Pero en fin ellos quedaron por señores del campo y de nuestra parte todos fueron muertos o presos y si algunos escaparon fueron pocos.

Entonces el Rey Don Fernando contestó poniendo a las palabras del Capitán Diego de Valladolid este único comentario:

—Loado sea Dios por todo lo que hace e hiciere.

No estaba presente Gonzalo Fernández de Oviedo en aquella interesantísima escena, pero inmediatamente después habió con el propio Capitán Diego de Valladolid y con varias de las personas que estaban junto al Rey en el momento en que él llegó a su presencia. Así, pues, el relato es enteramente fidedigno, y la frase de Fernando el Católico, serena, profundamente cristiana, digna de un espíritu superior, resalta con todo su relieve.

El Capitán Diego de Valladolid no conocía sin duda las órdenes terminantes de Fernando V a su Virrey de Nápoles y, por lo tanto, las acusaciones que contra éste hacía tuvieron que causar poca impresión en el ánimo del Rey que, por el contrario, cuando hubo tenido más detalles de lo ocurrido en Rávena, escribió al Arzobispo de Sevilla una carta con fecha primero de Julio en que dice: «nuestros Capitanes vinieron a aquella batalla contra mi expreso mandamiento y la causa por que les mandaba por entonces no hubiesen batalla era porque yo tenía proveídas y encaminadas tantas cosas en favor de la causa de la Iglesia que juntandose todas sin pelear con la ayuda de Dios vencieran los nuestros».

Lejos de compartir el rumor público que, coincidiendo con el criterio del Capitán Diego de Valladolid, imputó a Don Ramón de Cardena la culpa de la derrota, el Rey le mantuvo al frente de su ejército, y no sólo no le dió muestra alguna de desagrado, sino que, por el contrario, le favoreció y respaldó con su autoridad, poniendo a su disposición los elementos necesarios para que continuara adelante y terminara con éxito la guerra. En cambio, la frase de la carta dirigida al Arzobispo de Sevilla en que dice que sus capitanes le desobedecieron, alude claramente al Capitán General de la infantería Conde de Oliveto, al de la caballería, Fabricio Colonna y a otros que junto con ellos hicieron lo posible para que se entregara a las armas la decisión.

Pedro Navarro, herido y prisionero, fué llevado a Francia y sin duda se le sometió a una vigilancia especial, pues fué uno de los pocos que no pudieron escapar de entre los muchos capitanes de la liga que quedaron en aquella ocasión en manos de los franceses. Todo el año 1513 continuó la guerra. En Mayo envió el Rey Católico a Francia a su secretario Pedro de Quintana para tratar de concluir la paz con Luis XII, permaneciendo unidas España, Alemania e Inglaterra con los Estados pontificios y poniéndose fin al Cisma; se convendría el matrimonio de la Princesa Renée, hija segunda del Rey de Francia, con el Infante Don Fernando a quienes se cederían todos los derechos sobre el Ducado de Milán. Entre los puntos que debían quedar aclarados al hacerse la paz estaba el de los prisioneros de Italia, y a este respecto dice Fernando en las instrucciones dadas a Quintana:

«Que en fin de la dicha capitulación se ponga vn capitulo para que en siendo firmada la dicha paz se suelten libremente y sin paga alguna los prisioneros que por causa de las guerras pasadas están detenidos de la vna parte y de la otra y en especial al conda pedro nauarro y los marqueses de bitonto y de látela **que** luego los dexen venir libremente a nuestros reynos».

Pero el Monarca francés no estaba inclinado a la paz, sino decidido a buscar el desquite en los campos de batalla, penetrando con su ejército nuevamente en Milán donde el 6 de Junio de 1513 fué derrotado en Novara por el Duque Maximiliano Sforza, que estaba al frente de un ejército compuesto principalmente por infantería suiza.

Muy poco después, tres ejércitos, uno inglés, otro alemán y otro suizo penetraban profundamente en territorio francés. El 16 de Agosto en la batalla de Guinegate quedaban los franceses derrotados y prisionero Luis de Orleans Duque de Longueville y Marqués de Rothelin. Para que la Duquesa, su mujer, se encontrara en situación de pagar el rescate que sin duda había de pedirse por él, Luis XII puso en su poder a Pedro Navarro a fin de que, por su parte, pudiera ella exigir una gruesa suma a cambio de que quedara en libertad.

También fueron derrotados los venecianos, aliados de Francia, en la batalla de Vicenza el 7 de Octubre de aquel año de 1513 por las tropas españolas al mando del Virrey de Nápoles Don Ramón de Cardona. Con esto la guerra quedaba virtualmente

liquidada. La Reina Ana de Francia, hija de Margarita de Foix (la cual a su vez era hija de la Reina Doña Leonor de Navarra, hermana de Fernando V) había hecho esfuerzos reiterados desde la batalla de Rávena para que pudiera llegarse a un arreglo, enviando al efecto emisarios a su tío el Monarca aragonés. Precisamente estos contactos habían dado lugar en el mes de Mayo al envío de Pedro de Quintana a Francia con las proposiciones a que se ha hecho referencia. Apenas las armas deciden la guerra a su favor, vuelve Fernando V a la idea del matrimonio del Infante Don Fernando con la Princesa Renée de Francia, y en comunicación dirigida a su Embajador en Alemania Pedro de Urrea a mediados de Noviembre de 1513, le ordena que proponga al Emperador el envío de un representante suyo a Luis XII para tratar del rescate de Pedro Navarro; pero que, en realidad, además de ocuparse de este asunto, llevaría el propósito de insistir en los puntos que dieron lugar a la misión de Pedro de Quintana, puesto que se contaba con el pleno apoyo de la Reina Ana que así preparaba a su hija menor un estado tan importante como el de Milán.

Seguían aquellos contactos entre tío y sobrina por medio de un caballero francés, el Señor de Borne. Llevó éste el 23 de Octubre una carta a la esposa de Luis XII en la que Fernando V pedía que se concretaran las propuestas del Monarca francés, y como contestación cuando dicho caballero regresó traía una proposición de fecha primero de Diciembre que sirvió de base sería para tratar de la paz. Aceptados en general estos puntos de vista añadió, sin embargo, el Rey Católico en su contrapropuesta lo siguiente:

«En la dicha capitulación se deue poner vn capitulo como es la costumbre en todas las capitulaciones de paz, que luego en siendo firmada la dicha capitulación sean puestos en libertad los prisioneros crae hay detenidos de vna parte y de otra por causas de las guerras passadas y señaladamente el conde don pedro nauarro y el marques de bitonto sin que paguen cosa alguna para aue se puedan venir a los Reynos y señoríos del dicho Catholico Rey».

Tanto el documento en que figuran estas contraproposiciones como las instrucciones dadas a Quintana en Mayo y la carta a Pedro de Urrea se encuentran en los apéndices del libro «Fernando el Católico y el Cisma de Pisa».

Nuevamente mandó el Rey Católico a Pedro de Quintana que fuera a Francia y a la Corte del Emperador a fin de llegar al acuerdo de que se estaba tratando. Maximiliano I aceptó las líneas generales del mismo, introduciendo algunas modificaciones, y con eso volvió Quintana a Francia. A primeros de Marzo de 1514 le escribió el Rey Católico una carta en la que manifiesta que le parecen bien las modificaciones introducidas, remitiendo un poder a su secretario para que de acuerdo con lo propuesto por el Emperador firmara desde ahora una tregua con Luis XII para dar lugar a que, entretanto, se siguieran las conversaciones de paz; al mismo tiempo se trataba de que Inglaterra entrase también en ellas.

En estas instrucciones de Marzo a Pedro de Quintana se vuelve sobre el asunto de Pedro Navarro en la forma siguiente:

«El capitulo de los prisioneros no es menester assentarlo en general sino en particular por el conde pedro nauarro pues no hay otro prisionero, y dezir que lo tienen dado a su muger del duque de longavila no faze al caso porque no esta en mi poder el duque de longavila y el dicho conde esta en su Reyno y no se fallara que jamas se fiziesse tal paz y deudos entre tales principes que los prisioneros no se soltassen y assi lo fize yo quando case quanto mas en este caso que no hay sino vn prisionero, y seria tanta verguença fazer la paz sin soltarlo que no podría ser mayor y por esto haueys de insistir que en todo caso se assiente el capitulo de su deliberación que tambien se hauian puesto a rescate los que yo la otra vez tenia presos, pero libremente los solte y ahun los restituy en sus estados, y huiendose fecho esto siempre razon es que se faga lo mismo por el dicho conde siendo tan buen christiano e yo no consentiría que se me fiziesse tanta verguenca en cosa que nunca se fizo sino como yo lo pido».

Este documento como otros a los que nos referimos a continuación se encuentra en un libro nuestro que está en prensa titulado «El testamento político de Fernando el Católico». Por el párrafo transcrito se advierte que se habían hecho ya gestiones en Francia, alegándose que el Conde de Oliveto estaba en poder de la mujer del Duque de Longueville. Y aunque ahora replicaba el Rey Católico que estando negociando con el de Francia a éste correspondía entenderse con la Duquesa, no se consiguió con ello cambiar los puntos de vista contrarios.

A las gestiones de Quintana siguieron las de Fray Bernardo de Mesa, Obispo de Trinópolis, que quedó por representante

de España en la Corte de Luis XII, y como advirtiera la insistencia en que se pagara el rescate a los Longueville, aconsejó el Obispo que se entrara por este camino. El Duque, prisionero en Inglaterra, estaba a punto de conseguir su libertad, y Fray Bernardo opinaba que lo mejor era esperar su regreso. En carta de 26 de Julio de 1514 recoge Fernando V esta proposición diciendo:

«paresce bien que no fableis por agora en el rescate del Conde Pedro Nabarro fasta que venga el Duque de Longavila salbo en casso are los que lo tienen vos fsblasen en ello y quisiesen darlo por los 10.000 ducados de rescate que tengo escripto.

La forma de redacción de estas líneas permite asegurar que había habido varias conversaciones acerca del asunto así como otras instrucciones del Rey tratando del mismo, sobre la base de esos 10.000 ducados de rescate que estaba dispuesto a pagar, a pesar de que antes había escrito a Quintana que al hacerse la paz debía dejarse libre a este prisionero sin rescate de la misma manera que en 1505 los que tenía el Rey Católico en su poder se pusieron sin él en libertad a petición de Luis XII. El razonamiento es muy fuerte, pues, según es sabido, en aquella fecha, al casar el Rey Católico con Germana de Foix, los prisioneros napolitanos por los que se interesaba el Monarca francés eran muchos y muy importantes: los Príncipes de Salerno y de Melfi, el Duque de Trajeto, el Marqués de Bitonto (que ahora, a la inversa, fué preso en Rávena por los franceses) y otros muchos nobles y caballeros.

La paz con Francia proyectada sobre la base del matrimonio Fernando-René se fué retrasando por culpa de las indecisiones del Emperador Maximiliano. De la manera más insistente y con vivísimo interés le requería Fernando V para que diera poder suficiente a fin de que el proyectado convenio acabara de concluirse. Desde la venida del Señor de Borne en Diciembre de 1513 habían pasado ocho meses, y el Emperador con sus vacilaciones dió lugar a que cambiara la situación política, llegándose entre Francia e Inglaterra a una paz separada. Sin embargo, antes de tener noticia de ella, el 12 de Agosto de 1514, recibido ya finalmente el ansiado poder de Maximiliano I para la paz conjunta con Francia, envió el Rey Católico al protonotario Gabriel de Orti, su Capellán, a Francia con las órdenes necesarias para que se terminara de una vez el asunto. En las instrucciones que

se le dieron vuela a tratarse de Pedro Navarro con estas palabras:

«Item estareys sobre aviso que en fin de la capitulación de dicha paz y casamientos se ponga vn capitulo para que en siendo firmada la dicha capitulacion sea soltado y puesto en libertad el conde don pedro nauarro y sin paga alguna, y que le dexen luego venir a nuestros Reynos libremente, y si el Rey de francia vos dixere que lo tiene dado al duque de longavila, le respondereys, que estando como esta el dicho conde en su Reyno, ahunque el dicho duque le tomara prisionero, assentada tal capitulación de paz y casamientos como esta el Rey de francia era obligado de fazeile poner en libertad, quanto mas estando el dicho conde como estaua en poder del Rey de francia y hauiendolo dado al dicho duque, después que se entiende en estos negocios, y dezidle que no se fallara que jamas se fiziesse tal paz y deudo entra tales principes que los prisioneros no se soltassen, y assi lo fiza yo quando case con la serenísima Reyna mi muger, quanto mas en este caso que no hay sino vn prisionero, y seria tanta verguença fazer la paz sin soltarlo que no podria ser mayor, y por esto haueys de insistir que en todo caso el dicho ccnde sea puesto en libertad sin paga alguna, y decid al dicho Rey de francia que tambien se hauian puesto a rescate los que yo la otra vez tenia presos, pero libremente los solte, y ahun les restituy en sus estados, y hauiendose fecho esto siempre y siendo cosa tan ordinaria y tan deuida razon es que se faga lo mismo por el dicho conde siendo tant buen cristiano, que yo no consentiria, que se me fiziesse tanta verguença, en cosa que nunca se fizo sino como yo lo pido, y no puedo creer que el Rey de francia quiera otra cosa, mayormente sabiendo que en la empresa de milan, que con el ayuda de dios se ha de fazer, podra mucho seruir el dicho conde, pero en caso que no pudiessedes obtener que ponga en libertad al dicho conde, no dexeys por esto de concluir y assentar la dicha paz y casamientos».

Todos los argumentos que se han hecho anteriormente se repiten en esta ocasión, insistiéndose en que al hacerse una paz que llevaba consigo tan estrecha amistad entre España y Francia como la que representaba el matrimonio de la Princesa Renée con el Infante Don Fernando, era forzado dejar en libertad al único prisionero español que quedaba y sin rescate; porque el no hacerlo y conservarlo prisionero después de firmada la paz sería tanta vergüenza que no podía ser mayor, y no podía consentirla Fernando. Ahí está la orden de que se insistiera en todo caso (como se venía insistiendo desde hacía año y medio) en obtener la libertad.

Pero la oportunidad se había perdido. La paz separada con

Inglaterra colocaba a Luis XII en una situación muy ventajosa y ya no le interesaba un arreglo con España y el Emperador. Por más esfuerzos que hizo Fernando V, aun renunciando a muchas de las ventajas que estaban en principio convenidas, no pudo llegar a un acuerdo con Luis XII antes de que éste falleciera el primero de Enero de 1515. Lejos de desear esa paz, el Monarca francés inició nuevos preparativos para buscar el desquite en tierras de Italia, esperando poder conquistar nuevamente el Ducado de Milán con la ayuda de Enrique VIII de Inglaterra.

Con todos estos datos advertimos hasta qué punto es inexacta la imputación que suele hacerse a Fernando V de haber abandonado a su suerte a Pedro Navarro sin ocuparse de conseguir su libertad. Por el contrario, las gestiones son intensas y continuadas, aunque claro está que mientras durara el estado de guerra entre Francia y España había muy pocas probabilidades de que Luis XII accediera a soltar a uno de los mejores generales de la época. Se dijo también que Don Ramón de Cardona, enemigo personal del prisionero, influyó en el ánimo del Rey para que no se ocupara de él. Y también esto aparece desmentido ahora en lo relativo a que Fernando prestara oído a esas indicaciones aunque, probablemente, el Virrey de Nápoles, al explicar lo ocurrido en Rávena debió pintar con negras tintas la falta de obediencia de Navarro a las órdenes suyas y del Monarca.

De hecho la suerte de Navarro estaba ligada con la política hispanofrancesa. Si se hubiera podido hacer la paz que proyectaba el Rey Católico desde 1512 y que fomentaba la Reina Ana de Bretaña, de una manera o de otra él hubiera podido recobrar su libertad. Pero no fué culpa de Fernando V que no pudiese concertarse ese convenio en el que tenía el empeño más decidido y por el que trabajó con todo su esfuerzo hasta convencer, aunque demasiado tarde, al Emperador de que lo aceptara. La sucesión de hechos que hemos extractado y que explicamos con más detalle en nuestro libro «El testamento político de Fernando el Católico», no deja a este respecto ninguna duda. El fracaso de las negociaciones encomendadas a Fray Bernardo de Mesa y a Gabriel de Orti fué un duro revés para España y contrarió los planes con que estaba más encariñado Fernando V.

Vistas las dificultades que se acumulaban para conseguir su libertad, Pedro Navarro desde Loches, donde estaba prisionero, escribió a León X pidiéndole ayuda. El actual Pontífice, entonces todavía Cardenal Médicis, era el legado del Papa que al frente de las tropas pontificias tomó parte en la batalla de Rávena, cayendo también prisionero, aunque pudo prontamente evadirse. La petición estaba tanto más justificada cuanto que Navarro, como Capitán general de la infantería de la liga santísima, en realidad, había peleado por la Iglesia y por el Papa. León X se interesó por él escribiendo a Luis XII y encargó a su Nuncio Ludovico de Canosa, Obispo de Tricarico, que gestionara de él la libertad del preso. La petición era apremiante, rogando y suplicando al Rey de Francia en términos que demuestran el mayor interés y un sincero aprecio por el Conde de Oliveto:

«Amo de tal manera —dice el Sumo Pontífice— al vasco Pedro Navarro varón sobresaliente en las cosas de la guerra y prisionero tuyo cuyas valerosas y preclaras acciones por la república cristiana y cuya egregia fe y sumisión para con Nos estimo que te son bien conocidas, que su comodidad y salud son para mí una gran preocupación».

Esta carta que figura en la colección de Pedro Bembo es del 20 de Septiembre de 1514, y en la misma fecha contesta León X al prisionero diciéndole que esperaba que el Rey de Francia, en virtud de dicha misiva, le pusiera en libertad, no teniendo duda alguna a este respecto. El mismo interés se demuestra en las instrucciones dadas al Obispo de Tricarico, al cual ordena que procure con el mayor empeño y diligencia conseguir lo que se pretendía, añadiendo que ello sería prestarle un servicio sumamente agradable.

Con esto se ve la grandísima resistencia que ofrecía Luis XII a dejar en libertad a tan famoso capitán y temible enemigo, pues ni la intercesión del Papa ni la proyectada paz con Fernando V ni la oferta de éste de pagar el rescate fueron suficientes. La verdadera causa, pues, de que Navarro permaneciera en prisión fué su propio prestigio, sus grandes dotes militares. El canónigo Pedro de Torres en sus «Apuntamientos históricos» habla de este asunto.

«E la causa porque se presume que el Rey Don Fernando dejó estar tanto preso al Conde Pero Navarro se presume ser por la grand honra e victoria que ganó en la batalla por donde creció envidia a los

que de la batalla huyeron, e a los caballeros que no se hallaron en ella ni son para guerra, porque no saben nada de la arte de guerra e caballería; e por esto teniendo envidia del Conde e enojos especialmente el Duque de Alba e otros mui privados del Rey siempre decian mal al Rey del Conde Pero Navarro e le trataban mal».

Se advierte la alusión al Virrey Don Ramón de Cardona al hablar de los que huyeron de la batalla. En cuanto a lo que dice del Duque de Alba es preciso tener en cuenta que Torres había sido catedrático en Salamanca y como en esta Universidad las cátedras se otorgaban por votación, llegó un momento en que fué derrotado, sustituyéndole un pariente del Duque a quien desde entonces, suponiendo que había perdido la elección por su influencia, profesó honda animadversión que se refleja constantemente en sus «Apuntamientos». Así se ve en otro pasaje en el que dice que el Rey Católico, por seguir los consejos del Duque de Alba, natía perdido a los capitanes que murieron en Rávena y al Conde Pedro Navarro; obcecación apenas comprensible ésta de atribuir los desastres de dicha batalla al Duque de Alba que estaba en Valladolid y no pudo intervenir de ninguna manera en aquellos sucesos.

Por otra parte, no podemos olvidar que el heredero del Duque, Don García de Toledo, había muerto en la Isla de Gerbes en Agosto de 1510, salvándose Pedro Navarro que le acompañaba; en esta ocasión se dijo que el Conde de Oliveto, despedido porque después de sus grandes victorias le ponían por jefe a un joven inexperto, aunque hubiera podido evitar la derrota y muerte de Don García de haberlo querido, prefirió dejar que su rival fracasase. Lo que sí es cierto es que Pedro Navarro, aun derrotado, aun culpable de la derrota en Rávena por haber desoído las órdenes expresas que trajo el Capitán Valdés desde Valladolid, se batió como correspondía a su honra de gran soldado y contribuyó en forma sobresaliente a que esa batalla sea gloriosa para la infantería española, cuya formación no pudo romper todo el empuje de los vencedores. Según Pedro de Torres fueron 6.000 infantes los que en esta forma pudieron retirarse del campo en perfecto orden.

El día primero de Enero de 1515 subía al trono de Francia, por muerte de su predecesor, el joven e impetuoso Francisco I, cuyo pensamiento estaba concentrado en la recuperación del Ducado de Milán. Había mandado un ejército en 1512 en la fron-

tera del Pirineo cuando las tropas francesas trataron de reponer en Noviembre de dicho año a Don Juan de Albret y Doña Catalina de Foix en el trono de Pamplona. Repelida la invasión con nuevas derrotas de los soldados franceses, mostró ahora Francisco I un vivo deseo de desquitarse, ayudando a los derrocados Reyes a volver a empuñar el cetro de Navarra; y se propuso utilizar los preparativos que Luis XII había hecho para volver a entrar en campaña contra Fernando V y sus aliados.

Ofreció, pues, a Pedro Navarro que viniera a ponerse a sus órdenes, lo que podía parecer justificado puesto que si sirvió a Fernando el Católico en tiempos anteriores en que había paz entre él y los Reyes de Navarra, ahora que les había ocupado su Reino no podía extrañar que se decidiese a defender la causa de Don Juan y Doña Catalina, acordándose de que era navarro. Un embajador de la Princesa Margarita, gobernadora de los Países Bajos, el que luego había de ser famosísimo Canciller del Emperador, Mercurino de Gattinara, escribía desde París el 14 de Marzo de 1515 a su soberana —la carta está en Le Glay—, comunicándole que Pedro Navarro estaba en dicha ciudad y el Rey trataba con el Duque de Longuéville del precio de su rescate. Pedía el Duque 40.000 francos y se decía que el Rey de Francia los pagaría para poderse servir de tan famoso capitán.

Al Conde de Oliveto le ofrecía Francisco I un estado de 6.000 libras de renta, un buen cargo y mando de tropas. Contestó él como hombre honrado que ante todo tenía que cumplir con el Rey Católico, al cual escribió —sigue diciendo Gattinara— quejándose de que le hubiera dejado tan largo tiempo sin prestarle ayuda ni darle ánimo, advirtiéndole del rescate que por él se pedía y pidiéndole que lo pagara o en caso contrario le absolviera de su juramento, y le dejara libre para hacer lo que le conviniera y tomar el servicio de quien quisiera valerle de él. Al mismo tiempo envió al Rey Católico la renuncia del Condado de Oliveto.

De traer este mensaje se encargó un religioso dominico llamado Fray Alonso de Aguilar. Según Zurita, el mensaje que éste trajo no era exactamente el mismo de que oyó hablar en París Gattinara; sino que Pedro Navarro se puso previamente de acuerdo con el Rey de Francia al ver que Fernando V no conseguía su libertad, pagando por él Francisco I la suma de 20.000 escudos. Ante los grandes ofrecimientos que en

Francia se le hacían, sigue el gran historiador aragonés, «fué cosa muy facil de concertarse».

Coincide con esta versión la que da Pedro de Torres:

«El Conde —dice— viendo la poca cuenta e estima que el Rey tenía del en le dejar tanto tiempo estar preso en poder de sus enemigos e viendo que puesto caso que el Rey de Castilla le redimiese que siempre le tratarían mal los privados del Rey que del tenían envidia, e viendo la buena compañía e honra que el Rey de Francia le hacía, acordó, e fué bien acordado, de se despedir del Rey de Castilla e perder lo ganado e servido, e buscar el remedio de su vida, e propuso de servir al Rey de Francia».

El buen canónigo respira por la herida de su gran animadversión al Duque de Alba y al Rey que le tenía a su lado y le consideraba y distinguía por la lealtad con que le sirvió incluso en los momentos en que todos le abandonaban. A Fernando V le califica Torres de «aragonés escaso e misero». Esto explica la frase un tanto inesperada según la cual fué acertada la decisión de Pedro Navarro de aceptar mando de tropas francesas para luchar contra los españoles. Sin embargo, él mismo se contradice un poco cuando más adelante reconoce las gestiones hechas por el Rey Católico para salvar al Conde de Oliveto de su prisión:

«El Rey Don Fernando en tiempo que el Conde estuvo preso dis que habie enviado ciertas personas para si pudieran tener forma de le soltar e hurtar sin rescate, e los franceses pusieron buen recado en el Conde: e los mencionados fueron tan para poco que no fueron ni supieron avisar a el Conde. Hubo en este negocio yerro e negligencia de parís del Rey Don Fernando, e poquedad e indiscreción de parte de los que lo habían de negociar».

El propio Torres nos da cuenta de una carta que él vio y copió, escrita por Fray Alonso de Aguilar de quien nos dice que era criado y confesor del Conde Pedro Navarro, dirigida a Fernando el Católico y que decía así:

«El Conde Navarro me dijo en París estando ya suelto de la prisión con lágrimas: id a Castilla y decid al Rey nuestro Señor que Dios ge lo perdone en no querer avisarme ni haber memoria de mi en todo el tiempo que he estado preso, porque si su Alteza me avisara que tenia voluntad e procuraba mi libranza a los tiempos que daban lugar a ello, yo nunca saliera de la carcel e prision ni sirviera al Rey de Francia, mas viendo la poca cuenta que su Alteza de mi hacia fueme.

forzado hacer lo que he hecho. Fecha en Olmedo a 18 de abril de 1515 años. E dijole mas el Conde al Frayle quasi llorando, porque aun cuando estoy suelto, agora me parece que estoy mas preso e captivo que antes».

La carta copiada prueba que Pedro Navarro no solicitó previamente de Fernando V una última gestión de rescate antes de concertarse con el de Francia, sino que por el contrario, después de haber llegado ya a un arreglo con éste y haber sido puesto en libertad, encargó a Fray Alonso que viniera a España a hacérselo saber. Queda así comprobada la versión de Zurita y por otra parte esto es lo verosímil puesto que Gattinara a mediados de Marzo supo que se andaba en tanteos para el rescate, y la carta de Fray Alonso de Aguilar es del 18 de Abril, fecha en que ya estaba libre el Conde. En este tiempo difícilmente hubiera podido hacer el dominico un viaje de ida y vuelta a España trayendo una contestación negativa y dando lugar a que, desesperado, Pedro Navarro decidiese aceptar las propuestas del Monarca francés.

Zurita sigue contando que después de enviado Aguilar a España

«el Rey, aunque tarde entendió que el conde era para servir y deservir y envióle a encargar con muy dulces palabras que no siguiese tan errado camino; porque teniendo el Conde en tanto su honra, como la tenia y como era razón de tenerla, no debía negar a su Rey y señor natural por servir al Rey de Francia; y que quería pagar los 20.000 escudos que el Rey de Francia había dado y mas si fuera menester y que se viniese luego para el que le haría otras mercedes y le trataría con el amor y favor que era razón; y que si no le habia dado a entender esto en tres años que había estado en prisión fué porque el Rey Luis nunca quiso dar a ello lugar. Pero ya el Conde era tan frances como antes se había mostrado español».

El viaje del dominico queda con estos datos suficientemente aclarado. El relato de Pedro de Torres nos hace saber que, aparte de las gestiones hechas por los embajadores de España en Francia, Fernando el Católico envió otras personas para que trataran de conseguir su libertad sin rescate, preparando su fuga. Pero los franceses tomaron todas las precauciones necesarias para evitarlo y, en efecto, él no tuvo siquiera conocimiento de aquellos proyectos de evasión. Lo que Navarro reprochaba al Rey, al saber los pasos dados por éste, era que no se le hubiese

avisado —y eso como se ve no fué culpa suya—, porque de haber sabido los esfuerzos que realizaba Fernando V a su favor, no hubiera aceptado las propuestas del Rey de Francia. El relato de Zurita comprueba que Luis XII había puesto todos los medios a su alcance para evitar que el prisionero se enterara del interés que por él tenía su soberano.

En una carta de instrucciones, dirigida por el Rey Católico a su embajador en Roma, Jerónimo de Vich, en Enero de 1515, trata de pasada de la ida a Francia de Fray Alonso:

«El dicho frayle ha sido confessor del Conde Don Pedro Nauarro y con desseo de verle se fue a Francia y también para hablar en su rescate».

La ida debió efectuarse a fines del año 1514, aunque probablemente no pudiera el emisario cumplir su cometido inmediatamente.

Marchó, pues, Fray Alonso a tratar del rescate y como éste lo tenía que pagar el Rey Católico, claro es que su viaje se hizo de acuerdo con él. Una vez en Francia, cuando por fin llegó a entrevistarse con el Conde de Oliveto, éste ya no estaba prisionero, puesto que ni hubo impedimento para el fraile en llegar a comunicarse con él, ni Navarro hubiera aceptado las propuestas del Rey de Francia de haber sabido antes lo que Fernando V. venía realizando en su favor, cosa de la que se enteró por habérsela contado Aguilar. Al oír sus explicaciones se dió cuenta el Conde de Oliveto del error en que había vivido, porque alrededor suyo todos estaban de acuerdo en mantenerle totalmente incomunicado con España, evitando que supiera cuales eran los propósitos de Fernando V. Esto explica el que se le saltaran las lágrimas ante Fray Alonso de Aguilar que entonces recibió el encargo de traer a España la renuncia del Condado de Oliveto, porque, cerrado el trato con Francisco I, por mucho que le doliera no estimaba posible romperlo.

Por orden de su nuevo Príncipe, pasó Navarro a las tierras de Don Juan de Albret y Doña Catalina de Foix al norte de los Pirineos y en el Bearne levantó tropas y las organizó bajo su mando. No se descuidaba Fernando V y por su parte hizo también, al sur de la frontera, los necesarios preparativos, enviando allí al Capitán de artillería, el famoso Diego de Vera, el cual llegó a su destino a principios de Mayo de 1515. El 21 del mismo

mes le escribía el rey o, mejor dicho, el primer secretario de Estado Pedro de Quintana en su nombre, expresando el gran placer que había tenido al saber las noticias que le había enviado respecto a los movimientos militares del Bearne. Buen elogio hace Fernando con esta ocasión de Diego de Vera, hablando de la afición y fidelidad que tenía a su real servicio y añadiendo que en las cosas en que él se daba cuenta que servía a su Rey no dormía, sino que ponía en ellas la diligencia que siempre había acostumbrado.

Diego de Vera hacía que entraran en Francia gentes que fueran a recoger noticias, y el Rey le pedía que cuantas pudiera reunir en esta forma se las remitiera sin dilación. Y a este respecto acusa recibo de una carta que Pedro Navarro escribió al Capitán Juanicote desde Mauleón. El propio Fernando contesta a Juanicote agradeciéndole su fidelidad y sus servicios y encargando que continuara haciéndolo del mismo modo en lo sucesivo. Preguntaba Diego de Vera si era necesario contestar a la carta de Navarro, y el Monarca aragonés le dice ahora que, teniendo en cuenta lo que dicho Conde había servido, su deseo era traerlo nuevamente a que se pusiese a sus órdenes porque así correspondía a su honra:

«yo deseo reducirlo por que no auerra que despues de auer fecho tantas y tan señaladas cosas serbiendonos contra cristianos y infieles, hiciese cosa con que todo cuedase borrado, e su honrra Amancillada para siempre como lo quedara, si persebera en el camino que aora lleba y por que yo aunque lo vea, no puedo acabar de creer que teniendo el en tanto su honrra, como es razon tenerla, siendo lo que ahora hace en tan perjuicio de ella lo aga con su voluntad y para sauer y experimentar la verdad de lo que pasa en esto, abre placer que Allando camino abierto y seguro, para ello con persona que sea muy fiel y muy segura y secreta, le embieis a decir de Mi parte lo siguiente».

Aunque no sabemos lo que contenía la carta de Pedro Navarro a Juanicote es de suponer que éste fuera amigo suyo y que se trataría de cosas personales, puesto que aquí no se menciona indicación alguna del Conde que fuera necesario recoger. Por el contrario, el Rey, que considera a Navarro como todo un caballero y advierte lo mucho que él estima su propia honra, no puede acabar de creer que quiera empuñar las armas contra España, y no teniendo datos bastantes para explicárselo, desea

ahondar y saber de cierto lo que pasa en eso. Las instrucciones que era necesario dar al emisario se exponen a continuación en la forma siguiente, para que se transmitieran a Pedro Navarro:

«Que vi el Memorial que de su parte me truxo fray Alonso de Aguilar y que no e pedido creer ni es posible que el dicho Conde estaba en su libertad quando lo higo ni que lo contenido en el procedio de su voluntad por que teniendo el en tanto su honrra como la tiene y como es razon tenerla, que despues de la saluacion de las Animas no ay cosa que tanto se deua estimar como ella no es de creer hiçiese cosa en tanto perjuicio de ella y quisiese enoxar a su rey y señor que le a tenido y tiene tanto amor, y que procurando su libertad, a echo mas de lo que a humanas fuerças era posible aunque nunca lo pudo acabar, como a todo el mundo es notorio, y que si otra cosa le an dicho es gran buila y gran trayçion y echo por destruir su honrra y su fama, y que yo aunque el quisiese hacer tal yerro, como servir al rey de francia dexando mi seruiçio que soy su rey natural por el Amor que le tengo, y por lo que deseo su honrra y por que no queden borradas sus açañas, y Amancillada su memoria, siguiendo camino tan errado, cómo aora no he reciuido ni quiero reçiuir la renunciación del condado de olibito, que con el dicho fray Alonso me ha embiado, por que lo que mereçio y yo le di por serme muy fiel y verdadero servidor no quiero ge lo quitar haciendo lo contrario Antes quiero pagar los veinte mil escudos que el rey de françia a dado por su rescate como ya tenia dado comisiòn, y para mas si fuese menester y que se venga luego a mi, que yo le are otras mercedes y le tratare con el amor y fauor que es razon».

Es muy sustancioso este párrafo en el que Fernando dice que ha hecho por procurar la libertad de su Capitán general de infantería más de lo que a humanas fuerzas era posible, habiendo dado ya anteriormente orden de que se pagaran los 20.000 escudos con que lo trajo a sí el Rey de Francia, y aún más si fuera menester; y como él no quiere dejarse ganar en caballerosidad, prefiere creer que Navarro, al llegar a un arreglo con Francisco I, actuó bajo coacción, teniendo en cuenta que no estaba en libertad para elegir. Por ser fiel y verdadero servidor le había dado el Condado que se ganó por sus méritos y así ahora no quería recibir la renuncia del mismo. A través de todo lo cual se trasluce el verdadero interés que tenía el soberano en atraerse a Navarro, abriéndole caminos para que, movido por su antigua lealtad y agradecimiento, fácilmente y sin desdoro, pudiera desentenderse del compromiso adquirido en Francia, en el que faltó verdadero conocimiento de los hechos por la incomunicación en

que se le había tenido y verdadera libertad de decisión. Insistiendo en ello continúa el documento que venimos analizando:

«y si se quexare el dicho conde de que no le e escrito en tres años que estubo en la priçion, podrasele responder, como es la verdad, que dios saue que lo hiciera si pudiera pero que el rey de françia muerto nunca quiso dar lugar a ello por mucho que yo lo procure, y crue por sacarle de la prision en que estaba, hice aun mas de lo que pude, asi por via de negoçiation, como ofreciendo todo el rescate que pidiesen, con mucho amor y voluntad, Iten en caso que el dicho Conde, perseverase en su hierro, y no quisiese reducirse, lo que no puedo creer, y tubieredes auiso que hace jente, y que espera romper guerra en ese reyno en tal caso, pudiendose hacer seguramente, y sin Herrarlo plaçer auria que procurasedes de auerlo a vuestras manos pero mirad que mi fin es aunque aya de auer guerra de no ser yo el primero rompedor de ella, por justificar mas para con Dios nuestra causa».

Se comprueba aquí la bien acreditada veracidad de Zurita, cuyo texto coincide con las instrucciones dadas a Diego de Vera en este documento. Y es curiosa la orden de que, una vez que los franceses hubieran roto la guerra (puesto que Fernando manda que no la inicien nuestras tropas) se procurara hacer caer a Pedro Navarro en alguna emboscada y cogerlo prisionero, en el caso en que perseverase en su error y que fuera él quien atacara por el Pirineo. Sin duda el Rey de Francia pensó en penetrar en Navarra o bien en simular esa invasión para que España no enviara tropas a Italia y se facilitara de esta manera la conquista de Milán; aunque no faltaron refuerzos al Virrey Cardona, es probable que la treta del Monarca francés diera lugar a que se acumulasen tropas al sur de la frontera hispano-francesa ante el temor de que el Conde de Oliveto tuviera la misión de reconquistar el Reino de Navarra para Don Juan de Albret y Doña Catalina de Foix.

Las gestiones que pudo eventualmente realizar Diego de Vera de acuerdo con el documento que firma Quintana con fecha 21 de Mayo (y que figura en nuestro libro «El testamento político de Fernando el Católico») no dieron resultado alguno. En Agosto Pedro Navarro, formando parte del ejército francés, entraba en Italia, tomaba parte en la batalla de Marignano el 13 y 14 de Septiembre; y a principios de Octubre conquistaba la fortaleza de Milán, en la que se rindió el Duque Maximiliano Sforza.

El Rey Católico, que hasta entonces había guardado a su antiguo Capitán general de infantería todas las consideraciones,

al ver que así combatía al frente de sus enemigos, resolvió por fin aceptar su renuncia al Condado de Oliveto, cuyo título concedió a Don Ramón de Cardona, Virrey de Nápoles, como para subrayar más su criterio de que éste le había obedecido y servido lealmente en Rávena, ateniéndose de modo estricto a sus planes e instrucciones. Esta concesión la hizo Fernando V el día 22 de Diciembre de 1515, y en ella consta que por la notoria rebelión e infidelidad de Pedro Navarro a quien se había hecho antes merced de ese Condado de Oliveto, se daba ahora al ilustre Don Ramón de Cardona que, nombrado Capitán general de los ejércitos de la liga santísima, había conseguido con la divina Gracia expulsar de Milán a los cismáticos que habían ocupado el patrimonio de la Santa Iglesia romana, poniendo en ello todo su esfuerzo corporal y espiritual, y gracias a su prudencia, sabiduría y valor.

Como siempre, el Rey Católico, terminada la campaña de Milán de manera favorable para Francisco I, se mostró propicio a entrar por caminos de paz en cuanto éstos se abrieron a su paso; pero antes de lograrla moría, dejando a su heredero el Príncipe Carlos puestas las cosas en forma tal que le fué fácil concluir un arreglo con Francia en el tratado de Noyon de 13 de Agosto de 1516.

Fué Francisco I quien al ver a España debilitada por la revuelta de los comuneros, se lanzó nuevamente en 1521 a la conquista de Navarra a pretexto de devolverla al Príncipe Enrique de Albret, hijo de Don Juan y Doña Catalina, ya difuntos, pero, en realidad, ocupándola con sus tropas sin admitir ni un ejército navarro, ni siquiera que el propio Príncipe pisara el suelo del Reino que fué de sus padres; lo que explica que el Conde de Oliveto tampoco tomara parte en la expedición. Contraatacaron los españoles no sólo por Logroño, recuperando a Navarra después de haber derrotado a los franceses en Noáin el 19 de Junio, sino también penetrando en Milán y consiguiendo el 27 de Abril del año siguiente de 1522 la victoria de Bicoca que expulsó a Francisco I de Italia. En esta ocasión, el 30 de Mayo de 1522, al entrar los españoles mandados por Pescara y Colonna en Génova al asalto, quedó prisionero en su poder al mismo tiempo que el Duque Octaviano Fregoso que mandaba en aquella Señoría, Pedro Navarro que la defendía al frente de una guarnición francesa.

José M. Doussinague

Aunque de esta prisión se libró porque los españoles no se preocuparon tanto de evitarlo como Luis XII, por tercera vez caería prisionero en Nápoles, escenario de sus grandes triunfos iniciales. En 1528 Odet de Foix, Señor de Lautrec, penetró en el Reino napolitano por los Abruzzos, sitiando la capital y muriendo allí, con lo que sus tropas se vieron obligadas a emprender la retirada; Pedro Navarro a quien correspondía combatir en la retaguardia cayó nuevamente en manos de los españoles que le encerraron, esta vez hasta su muerte, en una de las dos fortalezas de aquella ciudad que precisamente había conquistado años atrás, en 1503, brillantemente a los franceses, a la vista de toda la población que admiró su arrojo y sus condiciones de jefe.

Aunque el canónigo Torres lo creyera no acertó, pues, Pedro Navarro ni para su honra ni para su provecho en pasar al servicio del Rey de Francia, olvidándose de que era España la que le había ennoblecido, más que dándole el título de Conde, haciéndole capitán general de su invencible infantería. Sin él los españoles mandados por los que habían sido subordinados suyos o combatido a su lado, Antonio de Leiva, Hernando de Alarcón o el Marqués de Pescara, siguieron obteniendo victorias al frente de los soldados españoles sobre los ejércitos de que había pasado a formar parte.

José M. Doussinague